

DESDE RUSIA CON AMOR

Querida Amanda:

Debe de haber pasado algo más un mes desde que llegué a esta isla agarrado a un trozo de madera. Os echo mucho de menos a todos, pero en la que más pienso es en ti. Supongo que es porque tus otros hermanos suelen pasar de mí.

De primeras estaba muy desorientado y no sabía qué hacer. Pero haber leído junto a ti tantas novelas de aventuras me ayudó a hacerme una idea de qué era lo más urgente. Al final, tu obsesión porque me leyera los mismos libros que tú, a pesar de los treinta años de diferencia, me ha salvado la vida.

Sé que sobreviviré porque he encontrado una pequeña gruta de la que sale agua dulce y cristalina como tus ojos. Además, aquí crecen frutas y verduras que no había visto en la vida y casi todas son comestibles. Se parecen a las que comemos en casa, pero suelen ser más grandes y de un color totalmente distinto. También tienen un ligero sabor a mar, aunque puede que esto sea una sensación mía porque lo único que abarca mi vista es la inmensidad del océano y todo está impregnado de olor a salitre.

Quiero que sepas que no estoy solo, ya que me he hecho amigo de un pájaro que no puede volar. Tiene las plumas tan negras como tu pelo y eso me hace añorarte más cada día que pasa. Tiene una voz preciosa y ameniza mis días aquí con su canto, igual que supongo lo harías tú. Por eso tengo que pedirte un favor. No dejes nunca de cantar. Sé que ahora que me daréis por muerto no tendrás muchas ganas de continuar con esa pasión que compartimos los dos, pero necesito que lo hagas por mí, y que cuando seas famosa me dediques un disco o dos.

Te alegrará saber que he bautizado esta isla en tu honor. Como tú siempre me hablabas de que querías viajar a Rusia con toda la familia, pero ahora que estoy aquí atrapado dudo que lo consigas, he decidido que la isla se llame como el gran país asiático. Así, si algún día voláis a Rusia, todos habremos visitado un sitio con ese nombre.

Por cierto, se me olvidaba contarte lo más curioso que me ha pasado desde que estoy aquí. Un día, caminando por la isla para buscar comida y agua, encontré lo que podría ser un pequeño quiosco. Sé que parece increíble, pero este descubrimiento me da fuerza, ya que supongo que si era de alguien que logró salir de la isla, yo también podré algún día. Allí no había nada más que una caja roja con una etiqueta amarillenta y desgastada en la que se podía leer "Botellas para mensajes". Tenía huecos para doce botellas, pero esta que he cogido yo es la última que queda.

Si mi carta consigue llegarte, abraza lo más fuerte que puedas a tus hermanos y a tu madre y, por favor, nunca dejes de buscarme. Te recuerdo que viajaba desde Perú hacia Filipinas cuando naufragué, así que supongo que estoy en cualquier isla pequeña en medio del Pacífico.

Desde Rusia con amor,

Tu padre.

